

naba todo el cuerpo de negro, y seguia todo este tiempo en ayuno tan rigoroso, que no se le permitia comer cosa caliente, ni aderezada, ni dulce, ni frutas, sino solamente tortillas de maiz, y en tan corta cantidad, que solo era una tortilla cada 24 horas que apenas pesaria dos onzas. Exceptuábanse del agua los dias de festividades mayores, que acaso ocurrían en el tiempo de la penitencia, pues en aquellos podían comer de toda clase de manjares y la cantidad que gustaba; pero esto una sola vez al dia, y á la hora en que el sol estaba mas alto, es decir, á las doce. Tampoco durante la penitencia podia beber ninguno licor embriagante, ni aun los dias festivos, sino solamente agua, y en ellos podia tomar cuanta quisiese; pero no en los demas, pues tenia que reducirse á muy corta cantidad.... Caballeros, terminemos por ahora nuestra conversacion, porque como yo no pretendo pertenecer á la orden de los *Tecuhlis*, no trato de mortificarme como ellos, ni de sufrir por mas tiempo el ardor del sol que pica recio; dejémoslo para mañana en que oirán cosas dignas de risa, á par que de compasion.

Myladi. Tiene V. razon: siento que nos separemos, pero es preciso. Dios dé á V. mejor dia que los que estos pobres caballeros pasaban segun nos ha dicho. A Dios.

CONVERSACION DECIMA NONA.

Myladi. **M**ucho me temo que el caballero penitente que dejámos ayer mortificándose en el templo haya muerto al rigor de tanto ayuno, á lo menos yo habria espirado de dolor con solo horadarme las narices y labios con esos huesos punzantes. ¡Jesus! si solo de considerarme con las orejas ahujadas para traer estos aretes, me alegro de no acordarme de esa operacion, y tanto, que si estuviera en mi mano volver á nacer, creo renunciaria de este beneficio por no sufrir tal horadamiento.!

Doña Margarita. No haya V. cuidado por el caballero *Tecuhli*, vive, y sufre. V. lo verá presentarse bueno y sano aun-

que asáz purificado en la ilustré asamblea que lo aguarda: sígame V. en mi relacion, y casi lo palpará. Sufría este pobre caballero ademas de las privaciones dichas, otras mas graves. Los sacerdotes se alternaban por dia para ir á comer al templo llevando todo lo mejor de viandas; poníanse delante para que se le excitase vorazmente el apetito, y le fuese mas sensible su abstinencia á vista de tales manjares, y de tales comedores: ¡tentacion terrible! vive Dios, y que si recaia en un caballero goloso, bien pudiera dar al diablo la orden militar con que iba á ser condecorado, y de rivete á la madre que parió á su autor, y tornase luego á la clase de ganapan, como lo hizo Sancho Panzá mortificado en los pocos dias de su gobierno, por el doctor Pedro Recio, Maestresala, y compañía burlona. No paraba en esto la tentacion del novel *Tecuhli*, pues al mismo tiempo que reenchian sus carrillos los tentadores, le improperaban, daban baya, y aun pasaban á otras demasias tirándole de los cabellos, dándole pescozones, mamoneándole la cara, y haciéndole otras fechorias de igual calaña, que debia sufrir inmóvil sin airarse, quejarse, ni responder palabra alguna menos comedida, sino tolerarlo todo con gran paciencia, humildad y mesura, como si fuese de palo, ó esquivase encantado.

D. Carlos. Yo creo que por este modelo se formaban los antiguos colegiales del colegio mayor de Santos de México, pues para ser recibidos sufrían lo que llamaban *Pandorga*, pues los montaban en un borrico de palo, tirado de ruedas, que aun existia poco há en su librería, y montados caballeros en él los paseaban por la calle de la Azequia, y para terminar la fiesta los conducian en espectáculo á la portería del convento de Jesús María, para que tambien las madrecitas se solazasen con el nuevo colegial. Querian de este modo probarles la pacienciam como á los *Tecuhlis*: peregrina ocurrencia! y ojeest la noid

Doña Margarita. Los veladores del templo por parte de noche, apenas conocian que se habia dormido el caballero, cuando lo despertaban á empellones y puntapiés, mezclados con palabrotas, y asi es que no le daban punto de reposo. Durante el tiempo de la penitencia, se mantenían entornadas las puertas del templo, y cubiertas por afuera con ramos de laurel. Concluidos los penosos 60 dias, en el último de ellos, el sacerdote tomaba las cañuelas que le habia ido mudando de los labios, narices y orejas, que casi todas estaban ensangrentadas, y puesto él de rodillas, y en la última grada del altar del ídolo, delante un brasero encendido, las quemaba aquel ministro ofreciéndolas en sacrificio á su Dios, y haciéndole varias de-

precaciones sobre el nuevo caballero, el cual se retiraba luego á su casa, se bañaba y descansaba algunos dias de su penitencia.

D. Carlos. Hé aquí, señores, que este pobre nécio hacia lo que llaman nuestras viejas, *morcillas al diablo*; solo á este podian ser gratos tan tontos sacrificios: ah! si semejante reglamento se adoptara para recibir á los *mazones*, y probar su valor, y sobre todo su secreto (que no saben guardar), qué des-pobladas estarian hoy las lógias, y qué poco quehacer darian al gobierno!

Doña Margarita. Cuando ya todo estaba pronto para la funcion se hacia esta luego; pero si no lo estaba, se diferia hasta que todo se hallase á punto, porque habia mucho que hacer aun. No falta quienes digan que si no se ejecutaba prontamente la recepcion, todo el tiempo que se demoraba se prolongaba la penitencia; pero lo mas probable es que solo duraba los sesenta dias, y si se diferia la funcion, todo el tiempo que mediaba se mantenía el caballero retirado en su casa, y sin mudar los vestidos humildes de penitencia.

Myladi. Yo así lo creo, porque qué hombre por robusto que fuese seria capáz de sufrir otra tanda de trabajos igual á la pasada? ni el mismo Hércules.

Doña Margarita. Dispuesto todo se asignaba el dia, y el caballero volvia á convidar no solo á los *Tecuhtlis* de su pueblo, sino á los de las poblaciones comarcanas por medio de mensajeros, á las personas principales, deudos y amigos. Llegado el dia, se prevenian asientos en el templo para todos los *Tecuhtlis*, y delante de cada asiento se ponía el regalo ó propina que á cada uno se hacia, que consistía en mantas mas ó menos finas, mas ó menos costosas, y en mayor ó menor número, segun la posibilidad del caballero que se armaba, y tambien al respeto y circunstancias de los *Tecuhtlis*. Ponianles tambien joyeles de oro y plata, piedras de las que tenían por preciosas y estimables, rodela, arcos, flechas y macanas, y en los tiempos posteriores (dice D. Fernando de Alva) que llegó tambien el caso de regalar esclavos y esclavas que formaban parte de la riqueza de los ciudadanos. Finalmente esta funcion era muy costosa, porque regalaban aun á los caballeros que no asistian: el que no lo hacia por impedimento mandaba otro en su lugar; mas este no ocupaba el asiento del señor por quien asistía.

Dispuesto todo, iba al templo el nuevo caballero, asociado de sus parientes y amigos, vestido con las mismas ropas humildes con que habia hecho la penitencia. Ya estaban co-

locados los *Tecuhtlis* en sus asientos en dos alas por uno y otro lado del templo, desde las gradas del altar para la puerta. Entraba solo en aquel circo haciendo cortesias á uno y otro lado, á cada señor en particular, hasta llegar á la grada del altar, donde puesto de frente al simulacro, el mas anciano de los *Tecuhtlis* le desnudaba de aquellas ropas humildes y le ponía otras ricas, y sobre todas una mas fina y primorosa en que estaban curiosamente labradas las insignias de la órden, que eran leones, tigres, águilas y otros animales. Atábale despues el cabello con una cinta colorada, de cuyas puntas pendian unas como borlas de plumas, y le ponía en la cabeza un adorno de las mismas plumas en forma de corona, la que tenia por delante una targeta en que estaba pintado el animal ó ave á que deseaba asemejarse en el valor, fortaleza, ligereza ó astucia; esta á mi juicio era la empresa que tomaba por divisa. Despues le ponía en la mano izquierda el arco, y en la derecha unas flechas. Ultimamente en los ahujeros de las orejas y narices le ponía unos granos de oro, como cuentas gruesas, que quedaban como engastadas en aquellas partes, y en el lábio inferior una piedra preciosa. Esto último era el principal y especialísimo distintivo de los *Tecuhtlis*, y que no podía traer otro que ellos.

Ejecutado todo esto, comenzaba el sacerdote á hacerle una grave exhortacion diciéndole, que aquella dignidad á que habia sido elevado, no habia de servirle sino de mayor humillacion; y que así como durante la penitencia habia sido sufrido en cuanto le habian dicho y hecho, así lo habia de ser en lo de adelante, y que del mismo modo que habia guardado abstinencia en aquellos dias, habia de procurar en adelante ser sóbrio y medido en la comida, y bebida. Encargábale la defensa del estado si acaso era militar, y la buena administracion de justicia si era político: el buen trato de los súbditos, si los tenia, como los del soberano que estaban á su cargo: el socorro de los pobres, el amparo de las mugeres, la reverencia y culto de los templos, y finalmente la educacion de sus hijos si era padre de ellos: el buen porte con su muger, y el buen gobierno de su familia; de suerte que duraba muy largo rato esta plática, y contenía los mas sanos consejos de la mejor moral. Causa admiracion ciertamente el alto conocimiento de las virtudes morales y políticas á que llegaron estos gentiles: el aprecio que de ellos hicieron, y el esmero con que procuraban que las ejercitasen los señores y nobles, queriendo que fuesen *características de la nobleza*. El nuevo caballero escuchaba esta plática con mucha modestia

y humildad; concluida, hacia reverencia al ídolo, y al sacerdote, y volvía haciendo cortesías á uno y otro lado, del mismo modo que cuando entró, hasta tomar el asiento que le estaba prevenido en el último lugar, y con esto se concluía la ceremonia de recepción. Salía luego del templo adornado de todas insignias, y acompañado de la comitiva que lo llevaban á pasear las calles mas pobladas de la ciudad, al son de instrumentos músicos, *Tepouaxtli* y *Tlapuhuehucll*, semejantes á tambores y timbales. Por delante iban unos bufones juglares y chocarreros haciendo visages, y diciendo gracias y donaires, como los payasos de nuestras maromas, con que hacian reir á las gentes: daban vuelta á todo lo principal del lugar, y todo el concurso pasaba á la casa del caballero. Dábase allí un espléndido banquete á cuantos concurrían, sin exceptuar el menudo pueblo: por tanto, gastaban por miles las aves, conejos, liebres, y demas carnes que usaban, y no menos las ollas y tinajas de bebida, siendo exorbitante el gasto, causa porque muchos que no tenían facultades bastantes para reportarlo, dejaban de recibir esta dignidad, aunque se les hubiese concedido la gracia por el soberano; otros, despues de obtenida, diferían por mucho tiempo su recepción hasta juntar para los gastos.

Tiempo es ya de que hable á W. de los privilegios y exenciones que disfrutaban estos caballeros. Eran los primeros y principales personajes á quienes todos veneraban; obtenían los gobiernos, las presidencias y empleos de primera esfera, y á fé mia que con sobrada razon, pudiendo decir como Sancho Panza escribia á su muger. . . . *Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba; si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta.* Finalmente, los gabinetes de los reyes, sus consejos, sus determinaciones en todas materias, sus tesorerías de hacienda pública, no menos que su cobranza y distribución, toda corría por mano de estos caballeros. Vivían, pues, persuadidos de que su condecoracion y dignidad les imponían la doble obligacion de ser justos y honrados en todas materias, no menos que la de ser políticos y mesurados en un estado de paz, así como es forzados y valientes en una accion de guerra. México sostuvo sus derechos, y defendió su libertad por medio de sus caballeros *Tecuhtlis* en el asedio de los españoles; su obstinada defensa fué obra de su valor, y éste resultado de aquellos padecimientos y privaciones, tenidas previamente para merecer tan honroso distintivo. No fué Cortés el que conquistó con sus españoles la ciudad de México, fueron doscientos mil aliados suyos, que trabajaron en esta empresa. Es preciso, señores, que

yo desengañe á W. de un error en que han incurrido muchísimos Mexicanos, suponiendo que los indios tuvieron á los españoles por dioses, porque les llamaban *Tecuhtlis*, voz con que los honraban suponiéndolos *caballeros*, error en que ha incurrido el mismo P. Sahágun; presto conocieron que eran lo que los Peruanos llamaron *Chapetones*; el P. Mier ha deslindado la significacion de esta palabra; los conquistadores de allá fueron lo que los de acá.

Mr. Jorge. Hé aquí una orden de caballería la mas útil é ingeniosa que yo he oído.

Doña Margarita. Lo fué ciertamente, y el medio mas propio que pudiera excogitar la sabiduría de los Toltecas, así para tener una corte brillante, como para que este cuerpo intermedio entre el Soberano y el Pueblo sirviese á uno y otro; al Rey siéndole fiel, y al Pueblo administrando la justicia y desempeñando cumplidamente los empleos que servían en todos los ramos: tal ha sido el fin con que en las monarquías se ha protegido la nobleza, haciéndola el apoyo de los tronos. Creo haberlos demostrado la sabiduría del gran *Xolbil* en la institucion de esta orden militar, al mismo tiempo que esta verdad importante; Una ley sábia oportunamente dictada, hace la felicidad de una nacion; por medio de ella se forman las costumbres de los pueblos. Bajo este concepto, un buen legislador es lo mismo que un buen padre. ¡Ojalá que esta máxima esté presente de continuo en la memoria de nuestros legisladores, para que no sean pródigos en acumular leyes sobre leyes en nuestros códigos para que no se observen, y se tornen en mengua suya!

Mr. Jorge. Estamos convencidos de la exáctitud de esas reflexiones, y no hemos podido escuchar sin horror los sacrificios y privaciones que se exigía de esos pobres caballeros, de que hoy estamos muy distantes de imitar. Admira la prodigalidad con que hoy se distribuyen cruces y pensiones en la Europa á personas destituidas de todo mérito. Los escritores antiguos aseguran, que despues de efectuado el matrimonio del rey *Huetzin* con la linda *Atotoxtli* á fines del año de 1231, murió su padre *Achitometl* de Culhuacán, despues de gobernar por espacio de noventa años. Este príncipe no fué menos justo que prudente y animoso: en él renació el esplendor de la sangre Tolteca, y se mostró digno del gran *Topiltzin*. Durante su gobierno se aumentaron las poblaciones, revivieron las ciencias y artes que inventaron sus antepasados, y que casi se habian extinguido con las calamidades de que hemos hablado; pero este buen príncipe las hizo florecer, y á merced de su diligencia su reino puede llamarse el Seminario, de donde despues se propa-

garon á todo el imperio Chichimeca, venciendo su policia la feroz rusticidad de esta nacion. Heredó su reino su hijo primogénito *Xolacalatonác*. En el año siguiente, señalado con el geroglífico de *tres pedernales*, ó sea en el de mil doscientos treinta y dos, murió el emperador *Xolótl*, á los ciento doce años de su vida, y segun Clavijero, cuarenta de su reinado; aunque me parece muy corto número, y excesivo el que le dá el Sr. Veytia de ciento doce de su gobierno, desde mil ciento y veinte en que se emposesionó de esta tierra.

Myladi. ¡Jesus! ¡qué vivir de hombre! De pocos se cuenta despues de la era de los Patriarcas, que haya reinado tanto tiempo, si es cierta la opinion del Sr. Veytia. V. me dá pesadumbre al referirlo, porque querria que los hombres extraordinarios, y los Genios benéficos á la humanidad, se hiciesen inmortales sobre la tierra, y que la aparicion de los tiranos fuese tan rápida como la de los Metéoros.

Doña Margarita. Si esa pena causa á V. por la sencilla relacion de sus hechos, ¿cuánta causaría á sus fieles súbditos, testigos presenciales de sus virtudes? La relacion de esta deplorable desgracia, nos la presenta muy circunstanciada el P. Clavijero, diciéndonos: que cuando sintió *Xolótl* que se aproximaba su muerte, llamó al príncipe *Nopaltzin*, á sus dos hijas, y á su yerno *Acolhuatzin*, (los otros dos hermanos habian muerto) y les recomendó que viviesen en paz entre sí, que cuidasen de sus pueblos, que protegiesen á la nobleza, y que tratasen con benignidad á sus súbditos; de allí á pocas horas y en medio de las lágrimas y sollozos de sus hijos, dejó de existir en edad muy abanzada. Era hombre robusto, y animoso; pero tiernísimo para con sus hijos, y benigno para con sus súbditos.... ¡No admira á W. la muerte de este hombre de bien, y la tranquilidad con que espira?... ¡Ah! tal es la muerte que siempre ha tocado aun á los gentiles cuando han obrado bien; no es así la de los perversos, que siempre está rodeada de temores, de remordimientos é inquietudes.... Siquiera por sola esta consideracion deberian los hombres ser justos durante su vida. Dejémos á *Xolótl* de cuerpo presente, y preparémonos para asociarnos mañana con su desolada familia, acompañarla en su funeral, y honrar la memoria de un varon tan respetable. A Dios, Señores.

CONVERSACION VIGESIMA.

Myladi. ¡Conque hoy estamos de duelo, Señorita?

Doña Margarita. Y de duelo justo. Luego que se exparcó la noticia de la muerte de tan buen monarca por toda la nacion, se comunicó con prontitud su aviso á todos los magnates para que asistiesen á las exéquias. Adornaron el cadáver con figuras de oro y plata, que ya habian empezado á trabajar los Chichimecas, enseñados por los Toltecas, y lo colocaron en una silla hecha de goma de copal, y de otras materias aromáticas: allí estuvo cinco dias sentado en tanto que llegaban los personajes convocados. Despues que se reunieron estos, y una infinita muchedumbre de gente, fué quemado el cadáver segun el uso de los Chichimecas, y sus cenizas colocadas en una urna de piedra durísima, la cual se expuso por espacio de cuarenta dias en una sala de la casa real, á donde diariamente concurría la nobleza á tributar al difunto soberano, el homenaje de sus lágrimas. Despues fué trasladada la urna á una gruta situada en las inmediaciones de la ciudad, con iguales demostraciones de dolor.

Myladi. Alérome que así se haya expresado la gratitud del pueblo hácia un monarca tan bienhechor, y me sorprende en cierta manera, porque muy pocos de los que han acometido empresas como las de *Xolótl*, han dejado de tener un fin desgraciado, ganando por recompensa la ingratitud y el olvido de sus beneficiados.

Concluidas las exéquias de *Xolótl*, se celebró, durante otros cuarenta dias, la exáltacion al trono del príncipe *Nopaltzin*, con grandes fiestas y regocijos. El P. Clavijero dice, que al despedirse de este monarca los nobles, para volverse á sus respectivos estados, uno de ellos le dirigió esta sencilla arenga. „Sr. (le dijo), nosotros como súbditos y siervos vuestros, vamos en obediencia de vuestras órdenes á regir los pueblos que habeis puesto á nuestro cuidado. Llevamos el placer en el alma de haberos visto en el trono, de que sois tan digno